

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Logroño, un mes UNA peseta.—FUERA, trimestre, pago adelantado, en la Administración TRES pesetas.—Cuba y Puerto Rico, semestres DIEZ pesetas.—Frases de la Unión Postal y Filo, semestres CATORCE pesetas.

Número suelto, 5 céntimos. Atrasado, 10

LA RIOJA

DIARIO IMPARCIAL DE LA MAÑANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN calle de Sagasta, número 25, bajos TELÉFONO NÚMERO 7

H. SANCHEZ OCULISTA Médico honorario del Hospital provincial

ACADEMIA CENTRAL de corte y confección

DEL AYUNTAMIENTO

Sesión breve, aunque no desprovista de interés, fué la que ayer mañana celebró nuestro Ayuntamiento. Puntuales en la hora los señores concejales...

También se acuerda que la comisión de Policía rural con el Arquitecto municipal pase hoy domingo, á inspeccionar el nuevo cauce del pantano...

La pasada insurrección

Siempre los mismos.

La comarca de\*\* gozaba de todas las delicias de la paz. Las zonas militares que comprendía, estaban limpias de rebeldes. En toda aquella desde, el principio de la insurrección...

En aquellos panoramas que, ricos y variados, ofrecen á la vista los estribos de la sierra Maestra, sobre las crestas de sus empinados montes, lozanas plantaciones de café y cacao reciben el calor y la vida del sol radiante de los trópicos...

Un día funesto penetraron en sus términos, arrojados de otros lugares por las bayonetas de nuestros soldados, numerosas bandadas de rebeldes, y aprovechando los ignorados rincones, las agrestes soledades de sus vecinas cordilleras, establecieron en sus entrañas su campo de maldición.

Considerablemente inferiores en número, nuestras tropas no pudieron, hasta verse reforzadas, custodiar la riqueza rural de aquel extenso territorio y batir además á su enemigo, y el tiempo que se tardara en organizar con más recursos el conveniente sistema de guerra...

El cafetal\*\*\* era lindísimo, su terreno nuevo y férax, sus fábricas de primer orden, su producción magnífica, sus alrededores preciosos. Desde las primeras invasiones de los insurrectos, y por hallarse á la entrada de la comarca, existía en él la pequeña guarnición de que hemos hablado, al mando de un oficial.

Una noche de clara y melancólica luna [noche de duelo y de sangre], la guarnición se puso en pie para presenciar un espectáculo desolador. En un radio de una legua escasa y en diversas direcciones, tres inmensas hogueras alumbraban la tierra con roja y siniestra llama.

zando una de sus tristes victorias: ¡la del incendio!

Los establecimientos de tres cafetales se desmoronaban chisporroteando, lanzando gemidos de dolor y ecos de maldición sobre las turbas que alimentaban el fuego.

El destacamento entero del cafetal se puso sobre las armas. Eran veinte hombres; se hallaban lejanos de todos los puestos militares y presentían que iban á ser atacados por gran número de insurgentes.

A pesar de lo escaso del suyo, á pesar de comprender al momento su situación, calculando con frialdad la suerte que les reservaba el destino aciago, y aun cuando eran todos conocedores de senderos que podían darles protectora retirada, ni uno pensó en huir del peligro, ni uno sólo vaciló, ni se le ocurrió siquiera sobrevivir á las inanimadas fábricas confiadas á su custodia...

Avanzaba la noche; la noche con sus sombras, con sus ruidos misteriosos, con sus quejidos lúgubres, con su atmósfera preñada de tristes presentimientos, de negras ideas, de pavorosos recuerdos, trayendo al alma inquietas penosas y dolientes impresiones. Sólo la luna, en azulado brillo, iluminaba las casaca y el batey del vasto cafetal, prolongando las sombras de las aristas, ensanchando las proyecciones de los árboles y dando tamaño de colosos á las siluetas de los valerosos soldados...

Sus corazones latían regularmente. Sus espíritus volaban por las etéreas regiones de la gloria.

Eran las doce. Al agudo canto de los gallos que despertaban de su primer sueño contestó el precipitado y furioso ladrar de los perros guardianes de la finca. Silenciosos grupos de hombres armados iban saliendo de la espesura, cubriendo las guardarrayas del cafetal y apareciendo en el batey.

—¿Quién vive?—gritó uno de los centinelas del destacamento, que se había reconcentrado en la casa-vivienda. Una atronadora gritería le contestó, y una granizada de balas fué á incrustarse en las paredes de aquella. Trescientos rebeldes habían sido destacados del grueso de las partidas invasoras para incendiar el cafetal, y trescientos enemigos armados tenía que combatir la pequeña guarnición.

No se arredraron por eso: el oficial que mandaba aquellos valientes organizó la defensa y empuñó una lucha titánica entre traidores y leales, los unos pretendiendo destruir, los otros conservar las construcciones. Prodigios de heroísmo hizo aquel puñado de soldados de España. Numerosos cadáveres de los asaltantes, tendidos por tierra, atestiguan lo rudo de la defensa.

El ronco sonido de las armas de fuego, decía, en continuado acento, que no cedían en su valeroso empeño. De los veinte que formaban el destacamento, nueve ya cían sin vida, y los que aún estaban en pie no apagaban sus fuegos.

El enemigo atacaba, á su vez, con rabioso eco; la resistencia de tan escaso número de gente le irritaba, y llegó á olvidarse de su prudencia, teniendo, por esta causa, innumerables bajas. El que se atrevía á acercarse á la casa-vivienda rodaba por el suelo, y muchos rodaron por su atrevimiento.

El que los capitaneaba, viendo el estrago que su banda sufría, apeló al incendio, y pronto rodearon las llamas á los leales hijos de España, envolviéndolos en sofocante temperatura.

De las casas contiguas á la de vivienda en que estaban, propagose el incendio á ésta; pero no por eso desmayaron. Morir por morir, ¿qué podía importarle á aquellos que habían demostrado ser nobles adalides el género de muerte? El martirio les serviría de apoteosis, y ellos habían hecho resolución de sufrir el martirio.

Las llamas lamieron el edificio; el calor y el humo les sofocaron. Vacilantes, por la asfixia, sus cerebros se enturbiaban; sus sienas latían apresuradamente, y aun sus manos sostenían, fieles, el fusil que la patria les entregara.

La casa se convirtió en horno; los cadáveres de los veinte defensores en carbonizados esqueletos. El fuego que había consumido sus carnes había defendido sus cuerpos de la mutilación del machete. El martirio horrendo que habían sufrido les había evitado el más horrendo martirio del hierro. El cobarde apetito de las hienas no podía saciarse, y las hienas, arrojadas de aquel lugar del crimen y de saña por el sofocante calor de su crimen mismo, se alejaron de allí para llevar la tea á otros lugares.

BALAS EXPLOSIVAS

Según se desprende de los últimos telegramas recibidos, los insurrectos cubanos cometen otra falta de lesa derecho de gentes, empleando balas explosivas. Sólo esto debería obligar á los más apasionados senadores de los Estados Unidos á negarles, no ya el reconocimiento de la beligerancia, sino toda consideración.

Esta bala explosiva es una bala especial que estalla dentro del cuerpo del individuo á quien hiere, ocasionando en él tales destrozos, que la muerte es instantánea.

Estas balas son huecas y contienen en su interior cierta cantidad de pólvora, dinamita ú otra sustancia explosiva y un pistón con fulminante que estalla cuando la bala choca contra un objeto, inflamándose la carga interior y produciendo la explosión.

Los primeros proyectiles de esta clase fueron presentados por Mr. Devisme; los únicos empleados actualmente son las balas Periotest.

Estas armas terribles sólo pueden emplearse contra los animales feroces; los pueblos civilizados se han convenido en no usarlas por razones humanitarias en sus luchas.

Para comprender lo monstruoso de estas balas explosivas, bastará saber que al chocar con un cuerpo duro, un hueso, por ejemplo, el pistón enciende una pólvora especial que contiene, como hemos dicho, la bala, la cual al inflamarse, produce una masa gaseosa que ocupa 10.000 veces más volumen que la bala, formada de ácido carbónico, óxido de carbono ó hidrógeno sulfurado.

Con este infernal proyectil, invención de Mr. Devisme, se mata instantáneamente y sin agonía. Así estas balas como otras de invención más reciente, llamadas explosivas, y que, como su nombre indica, hacen su explosión después de haber penetrado en el cuerpo, están proscriptas en la guerra y empleándose generalmente en la caza de fieras.

AUDIENCIA

La Audiencia provincial ha dictado las siguientes sentencias:

Condenando á Eugenio y Jorge Pico Manero y á Julián del Campo Medina, vecinos de Casalarreina; al primero á seis meses de arresto mayor, y á los dos siguientes á cuatro meses y veintidós días de igual arresto, sirviéndoles de abono á Jorge y Julián la mi-

dad del tiempo que sufrieron de prisión, y no al Eugenio por ser reincidente.

Estos individuos han sido considerados por el jurado como autores del robo de cinco conejos que realizaron en la huerta que en aquella villa posee don Cándido Rueda, y del cual ya dimos oportunamente noticia á nuestros lectores.

Resolviendo á Lucio Muro Antofianzas, vecino de Calahorra, procesado por el supuesto delito de dos disparos de arma de fuego, dirigidos á su vecino Víctor Ruiz Garrido.

Para la próxima semana están señalados en la Audiencia provincial los siguientes juicios:

Día 23.—Juzgado de Logroño, contra Canuto Torralbo, por lesiones; abogado, señor Iriarte, procurador, señor Lacorzana. (Oral.)
Días 23 y 24.—Juzgado de Arnedo, contra Maximiano Argáiz y otro, por disparo; abogados, señores Blanco y Montero; procuradores, señores Oriye y Montero. (Oral.)
Día 24.—Juzgado de Torrecilla, juicio por estafa; abogado, señor Iriarte; procurador, señor Vidaurreta. (Oral.)
Día 26.—Juzgado de Logroño, contra Feliciano Oca Sáenz, por abusos deshonestos; abogado, señor Gil; procurador, señor Pancorbo. (Por jurados.)
Días 27 y 28.—Juzgado de Logroño, contra Santos Martínez Sáenz, por homicidio, abogado, señor Montero, procurador, señor Montero. (Por jurados.)

MERCADOS

Vitoria. El celebrado el jueves no se vió muy concurrido, sin duda porque la gente de los pueblecillos, celebró la fiesta de San José. El ganado de cerda ha subido de precio, vendiéndose de 44 á 48 reales arroba. Se pesaron 112 cabezas. Los bueyes se vendieron de 22 á 24 reales ralde. El trigo de Alava se vendió á 23/50 pesetas y 23 el quintal métrico. El de la Rivera alcanzó 24/50 y 24 el quintal. La cebada de Alava 23 y 23/50; la de la Rivera 23/50 y 23. Avena, 16 y 16/50; la de la Rivera 15 y 15/50. Maíz, 19 pesetas quintal. No entró nada de mijo. Judías, desde 42 pesetas á 50 el quintal. Habas, á 27/75 y 28 pesetas quintal. Yeros, á 25 pesetas. Ricás, á 22/50 y 23. La harina superior, á 34 pesetas quintal métrico. Id. de primera clase á 33; de segunda á 29. Patatas blancas á 11 y 11/50 pesetas el quintal. Las rojas á 8 y 9. Lana lavada á 198 y 200 pesetas quintal. En sacio, 88 y 90.

RINCÓN DE SOTO

Un perro rabioso. Á las nueve y media de la mañana del viernes entró un perro rabioso en la jurisdicción de esta villa.

La primera víctima que hizo fué un chico de nueve á diez años que estaba en el campo con una borrica; después de acometer al animal y tirarlo al suelo se fué al chico y le mordió en una pierna.

Después encontró el perro á un enciano de setenta años, produciéndole heridas de consideración en una mano y en una pierna.

Luego tropezó con un mozo de veintidós años acometióle repetidas veces, pero el chico se defendió con una manta y no le ocurrió novedad.

ROBERTO BURAT 269

268 J. CLARETIE

ROBERTO BURAT 265

los corazones amados; por ejemplo, en el vuestro, ¿no es verdad?, y considerar que aún tendré un defensor después de su muerte. Cuando todo haya terminado, Thévenin, podréis decir con franqueza lo que el asesino había amado, esperado y todo lo que trabajaba en favor de la humanidad en esta vida de sufrimientos y desengaños. ¡Ah, amigo mío; que bien me habéis hecho con venir á verme!

persona, no soy yo, sino vos. ¿Cómo jugó la suerte con los hombres, presentándoles ocultas malezas en su camino, y haciéndoles caer sin poder reflexionar! Cuando encontrásteis, no sé dónde, á esa mujer en vuestro camino, ¿quién os hubiera dicho lo que escondía ese podrido corazón; bajo su capa de ángel?

dulto, y se negó. El tío Germán fué á verle, se lo rogó en nombre de Enriqueleta. —¡Sea! (dijo) Firmaré. Después reflexionó, y se negó á ello. El tío Germán movió la cabeza tristemente, y le dijo: —¡A pesar de eso, no desconfío de salvarte!





